



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**LA REGENERACIÓN DE ESPAÑA  
A TRAVÉS DEL ESPAÑOL  
EN LA OBRA  
DE MIGUEL DE UNAMUNO**

Trabajo Fin de Grado en Traducción e Interpretación

Autora: Silvia de Pedro Sánchez-Romero

Tutor: Prof. Dr. José María Marco

Madrid  
19 de junio de 2015

## **Agradecimientos**

Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a José María Marco, a quien admiro enormemente, por su tiempo y por ser mi guía en este trabajo, pues nunca habría sido posible sin sus consejos, su sabiduría y su disponibilidad. Para mí ha sido un honor ser su alumna estos años, de los que me llevo muchos recuerdos y lecciones de unas clases «apabullantes». Por tu atención, por los cafés en Mozza Bar y por todo lo que nos has enseñado, muchas gracias, José María.

He de dar las gracias de forma especial a mi tío Jesús Sánchez, amigo y compañero de juegos de Miguel Quiroga Unamuno, pues con sus recuerdos me ha ayudado a humanizar la figura de un Unamuno filósofo, poeta y escritor que describen los libros y ver en él a un abuelo y un padre por encima de todo. Muchas gracias por tu tiempo y tu afecto, Jesús, espero te gusten estas páginas.

Extiendo el agradecimiento a mis compañeros de la carrera, personas geniales, con quienes ha sido un placer haber compartido aulas, y sobre todo a mis amigos, con quienes he vivido tantos momentos que siempre recordaré; así como a aquellos profesores que más me han ayudado y quienes se han esforzado por mantener un trato tan cercano y atento. Muchas gracias por todo.

Finalmente, guardo el agradecimiento más profundo y sentido para mi familia por su apoyo constante, por su sinceridad y por haberme inculcado el valor de la constancia y del trabajo con su ejemplo, pues todo ello ha sido clave en mi paso por la Universidad. Por vuestra comprensión, vuestro cariño y vuestra confianza, gracias a todos, espero haceos sentir orgullosos.

## Índice

<b><u>Introducción</u></b> .....	<b>4</b>
<b>1. Vida y obra de don Miguel de Unamuno</b> .....	<b>6</b>
<b>2.1. La vida de Unamuno</b> .....	<b>6</b>
<b>2.2. La obra de Unamuno y la Generación del 98</b> .....	<b>14</b>
<b>2. El regeneracionismo y el castellano en el pensamiento de Unamuno</b> .....	<b>20</b>
<b>2.1. Españolizar España para regenerarla</b> .....	<b>20</b>
<b>2.2. La refundición del viejo castellano</b> .....	<b>23</b>
2.2.1. El español, lengua de integración nacional.....	24
2.2.2. El español, lengua del yo y de la regeneración.....	25
2.2.3. El español, lengua del progreso .....	27
2.2.4. El español, lengua hispanoamericana .....	27
<b>3. La propuesta de Unamuno en la actual situación social de España</b> .....	<b>29</b>
<b><u>Conclusiones</u></b> .....	<b>33</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>36</b>

## **Introducción**

*La sangre de mi espíritu es mi lengua, y mi patria es  
allí donde resuena soberano su verbo, que no  
amengua su voz por mucho que ambos mundos llene.*

Miguel de Unamuno

La existencia de una identidad nacional española se ha mantenido históricamente como un debate intelectual aún sin consenso, que se aviva en los momentos de mayor debilidad de España y la daña en lo más hondo. A finales del siglo XIX la pérdida de las colonias, la decadencia, la corrupción y los desánimos devoraban cualquier atisbo de patriotismo en los españoles, y se desvanecían así sus esperanzas de formar parte de una nación fuerte y próspera. Surgió como reacción a este sentimiento generalizado un grupo de autores con ideas regeneracionistas entre los que se encuentra Miguel de Unamuno, cuya obra se caracterizaba por un amor amargo a España y por los deseos de construir una nación unida y abierta al progreso. Con este afán, don Miguel ansía encontrar la esencia del alma española, su casticismo, y liberar a la nación de todo lastre para que vuelva a «españolizarse». Para poder pensar y expresar en palabras la esencia española necesitará una lengua igualmente castiza y precisa que al usarla no traicione a la verdad: el *español*, entendido como una suerte de «sobrecastellano» o de evolución de este idioma que integre los rasgos de todas las regiones y sea realmente nacional. Un español nuevo para pensar una nueva España.

Estos últimos años España ha atravesado una época de nuevo difícil, caracterizada por las consecuencias de la corrupción, de una gestión económica imprudente y de cierta apatía en la sociedad, lo que ha desencadenado un sentimiento de desapego hacia las instituciones públicas y de frustración entre los ciudadanos, víctimas del abuso de poder. Así se ha despertado de nuevo el debate de la identidad nacional. Si bien no es posible identificar los rasgos de nuestra época con los de aquella crisis finisecular, sí que se ha vuelto a recordar el sueño de los autores del 98 de una España auténtica y fuerte, capaz de hacer frente a la decadencia, con el anhelo de poder regenerarla.

El presente trabajo tiene como objetivo analizar el pensamiento de Miguel de Unamuno acerca de la regeneración de España a través de la lengua, mediante la creación de un español que fusione todas las hablas regionales junto con el castellano. Para ello, se dedicará un primer capítulo a conocer la vida de Unamuno en relación con el contexto socio político en el

que vivió y con otros autores contemporáneos –en concreto, con aquellos de la Generación del 98–. A continuación se analizarán sus reflexiones sobre el español como lengua de integración nacional, de regeneración, de progreso y para todos los hispanohablantes. En este capítulo se explicarán sus ideas del casticismo y de una España celestial, tan pura que el ponerla en palabras la traiciona y solo podría expresarse en un «sobrecastellano». Su pensamiento es demasiado idealista y puede interpretarse como nacionalista, sin embargo, sirve de sustento e inspiración para desarrollar en el siguiente capítulo, con nuevos matices, una idea de identidad nacional española unida pero plural, más actual. Finalmente, a modo de conclusión, se recogerán las ideas extraídas a lo largo del proceso de reflexión.

La metodología seguida será, para el primer capítulo, una conjugación de los datos de la vida de Unamuno recogidos en sus bibliografías más destacadas con el testimonio de Jesús Sánchez, amigo íntimo de su nieto Miguel Quiroga y de la familia y del devenir de esta – desde una perspectiva más humana y cercana–, así como con los hechos históricos. Posteriormente se analizarán los principales libros y ensayos que tratan sobre el problema de España en la obra de Miguel de Unamuno desde una perspectiva crítica y teniendo en cuenta la opinión de académicos. A medida que se desarrollan las ideas se irán extrayendo conclusiones que se recogerán en el último capítulo.

## **1. Vida y obra de don Miguel de Unamuno**

Don Miguel de Unamuno fue una figura relevante en las Letras españolas de finales del siglo XIX y principios del XX. Su obra se encuadra dentro de la Generación literaria del 98 y se halla estrechamente relacionada con el movimiento del regeneracionismo. Su vida profesional estuvo dedicada a encontrar el esplendor oculto de una España decadente y corrompida, inspirado siempre por un amor amargo que unas veces le dolía y otras le despertaba admiración.

Este primer capítulo refleja la vida de Unamuno como un hombre de su tiempo y contra su tiempo, una base que ayudará a comprender mejor en qué contexto desarrolló su pensamiento y cuál era la situación de España en aquella época. Posteriormente se analizará el papel que desempeñó dentro de la Generación del 98 como movimiento literario.

### **2.1. La vida de Unamuno**

«Soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión» (Unamuno, 2006). Así se definía el propio Miguel de Unamuno en *Niebla*.

Don Miguel nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864, era el primer varón de los seis hijos del matrimonio de don Félix de Unamuno y doña Salomé de Jugo. Se trataba de una familia burguesa de fuerte tradición católica y en cuyo seno le fue inculcado el valor de la religión y la fe, aunque el agnosticismo le provocaría un gran sufrimiento en su edad adulta. Su infancia y juventud transcurrieron en Bilbao, donde fue testigo del gran cambio en la villa como consecuencia de la industrialización de aquella época. Cuando Unamuno solo tenía seis años falleció su padre, don Félix, por lo que creció sin su figura y llegó a decir que apenas guardaba un único recuerdo de él, conversando en francés en una sala de casa con un amigo, un hecho que despertó su curiosidad por las lenguas (Juaristi, 2012).

Unamuno vivió en un tiempo marcado por el cambio de mentalidad que había provocado la llegada del liberalismo, por la aparición de nuevas corrientes de pensamiento y por graves consecuencias políticas y sociales. Con el liberalismo, el individuo se convertía en el eje central de la sociedad, por lo que había de derruir el sistema del Antiguo Régimen basado en las divisiones sociales y levantar uno nuevo que garantizase la igualdad entre los individuos y

que evitase los abusos de las autoridades. Así, en esta época se comenzó a tejer un sistema administrativo y una organización institucional basada en la separación de poderes. No obstante, la transición a un Estado liberal en España resultó una empresa difícil y poco efectiva y acabaría alargándose más allá del reinado de Isabel II y las consecuencias políticas y sociales que trajo consigo fueron desastrosas. El escenario del siglo XIX en España acabaría repleto de vicisitudes e inestabilidad.

Cuando Unamuno nació, la reina Isabel II llevaba casi dos décadas en el trono, tres desde que heredaba el reinado de su padre, Fernando VII, pero su legitimidad aún se cuestionaba. Isabel II permanecía en el poder gracias al apoyo de los partidos liberales. Sin embargo, el bando carlista, leal a Carlos María Isidro y a sus descendientes, no la reconocían como legítima sucesora, hecho que había desencadenado la Primera Guerra Carlista (1833-1840). No obstante, más allá de la legitimidad de los sucesores, se trataba de un conflicto ideológico entre, por una parte, los defensores del absolutismo, de los fueros y del Antiguo Régimen y, por la otra, los defensores del liberalismo y de una monarquía parlamentaria. En 1842 le siguió una Segunda Guerra que se alargó hasta 1849 y que tampoco cerraría el conflicto.

Los conflictos internos acarrearos serios problemas económicos y sociales que dejaron al país más débil y políticamente deteriorado de lo que ya se encontraba en 1833 por las heridas aún abiertas del inconsistente reinado de Fernando VII. Con los liberales oficialmente a cargo del gobierno de España, el deterioro político se veía acentuado, ya que las disputas entre liberales progresistas y moderados, entre quienes oscilaba el poder, impedían un clima político que hiciese prosperar a España. Así, en apenas cuatro décadas llegó a redactarse un Estatuto Real (1834) y cuatro constituciones (1837, 1845, 1856 *–non nata–* y 1869). Resultaba difícil así construir un sistema liberal sano cuando la participación ciudadana era escasa en la vida política y la corrupción estaba generalizada.

En 1868, cuando don Miguel contaba cuatro años de edad, España estaba cansada del mal gobierno y acabó por desatarse una revolución, *La Gloriosa*, que derrocó a la reina e inauguró el Sexenio Democrático con el general Serrano como regente y en busca de un sucesor en el trono, una nueva época no más brillante que la anterior. Asimismo, un mes más tarde estallaba en Cuba, al otro lado del Atlántico, la Guerra de los Diez Años, un adelanto del desastre de 1898. En 1871 Prim, a cargo del gobierno, logró el nombramiento de Amadeo de Saboya como sucesor de Isabel II, pese a la fuerte oposición en el país, aunque el

presidente moría en un atentado poco antes de que Amadeo fuese coronado. Desde su llegada, Amadeo I encontró una fuerte oposición entre carlistas, republicanos y otras facciones de la sociedad como la Iglesia –como consecuencia de las desamortizaciones–, los partidarios de la dinastía borbónica y el propio pueblo, lo que le llevó a abdicar tan solo dos años después, en 1873.

Por aquel entonces don Miguel era testigo en Bilbao de la Tercera Guerra Carlista que había comenzado en 1872 y que se alargaría hasta 1876. Años después, Unamuno narraría su experiencia durante esta etapa en su obra *Paz en la guerra*. En las páginas del libro recuerda cómo los bombardeos se convirtieron en una rutina, y si bien las primeras veces llenaron de pánico las calles, la gente acabó acostumbrándose a ellos. Recuerda también que durante el sitio de Bilbao los niños jugaban a recoger cascos de bomba aún calientes y se alegraban de no ir al colegio (Unamuno, 2009).

Cuando al fin llegó la paz para las Provincias Vascongadas y Navarra con la victoria de los liberales, tampoco se impuso la calma en el país. Tras la abdicación de Amadeo I y ante el vacío de poder, las Cortes habían proclamado el 11 de febrero de 1873 la Primera República Española, «efímera, ingenua, desorientada», en palabras de Pedro Laín (Laín Entralgo, 1997). Martínez Campos cerraba esta etapa republicana en diciembre de 1874 con un golpe de Estado que restablecía la monarquía con Alfonso XII en el trono. Con la Restauración borbónica vendrían más cambios, entre ellos la abolición de los fueros, medida que coincidía con una etapa de exaltación fuerista de un Unamuno adolescente por lo que escribió con un amigo una carta a Alfonso XII donde le amenazaban por la ofensa al pueblo vasco, aunque nunca la llegaron a enviar (Juaristi, 2012).

Era una época de cambios también fuera España y el flujo de ideas nuevas y frescas acababa llegando al país desde diferentes rincones del mundo. Algunos de estos cambios fueron el auge de los nacionalismos –como también sucedería en España en el caso del regeneracionismo–, la defensa de la igualdad de derechos entre blancos y negros en Estados Unidos, la publicación de *El Capital* de Karl Marx, las unificaciones italiana y alemana y la invención de la bombilla de Edison –Unamuno ya no tendría que leer a la luz de una vela– (Laín Entralgo, 1997), y un largo etcétera. También llegan los libros de autores como Flaubert, Nietzsche, Dostoievski o Tolstoi, entre otros muchos. Todavía entonces no se podía ver desde la perspectiva actual la importancia de todos estos hechos, sin embargo, estas eran



las ideas que se inspiraban en la época y que de alguna forma también influyeron en Unamuno (Lain Entralgo, 1997).

Con dieciséis años, en 1880, don Miguel se trasladó a Madrid para estudiar Filosofía y Letras, carrera que finalizaría de forma sobresaliente. Tras la universidad, se doctoró con su tesis sobre la lengua vasca bajo el título *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*. Los siguientes años los pasó en su Bilbao natal y se dedicó a dar clases y a escribir (Salcedo, 1964). Ya desde joven había comenzado a escribir en diversos géneros, principalmente cuentos y relatos cortos y poesía, una obra que se iría ampliando de forma considerable a lo largo de los años con artículos, poemas, ensayos de política, filosofía o literatura y novelas.

En enero de 1891 se casó con Concepción Lizárraga –Concha–, su novia desde joven, y poco después ganó la oposición de catedrático de Griego en la Universidad de Salamanca. Durante los meses de estudio para la oposición conoció a Ángel Ganivet, quien opositaba al cuerpo diplomático, y la amistad que allí nació se mantendría hasta el suicidio de Ganivet en 1898. Durante años, la vida de Unamuno en Salamanca, su matrimonio, del que nacieron nueve hijos<sup>1</sup>, y el espíritu intelectual de la ciudad, en el que participaba activamente sobre todo en las tertulias en el Café Novelty, le ofrecieron la felicidad que tanto había anhelado. Contaba que Cocha le daba «lo que siempre más le faltó: serenidad y contento de vivir» (Salcedo, 1964). No obstante, don Miguel no dejó en ningún momento de preocuparse por la situación de España y lo reflejaba en su obra. En aquellos años se afilió al Partido Socialista, convencido del ideal socialista como una actitud ética y no tanto una ideología económica y política. En 1895 le escribía a Clarín: «Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa cuando se marchite el dogmatismo marxiano [...] ¡Qué falta de fe en el progreso, y qué falta de humanidad!» (Salcedo, 1964).

---

<sup>1</sup>Don Miguel y Concha tuvieron nueve hijos: Raimundo (quien falleció pronto por una hidrocefalia derivada de una meningitis), Fernando (arquitecto de Palencia), Pablo (odontólogo), Rafael (quien no se llamaba así, sino Raimundo, pero no lo admitía recordando a su hermano fallecido), Pepe (siempre soltero, docente de Matemáticas que ejerció como catedrático en muchos sitios), Salomé (la niña mimada de don Miguel, quien sufría una malformación vertebral; casada con José María Quiroga), Felisa (quien acabaría siendo como una madre para Miguel, el hijo de Salomé, tras la muerte de ésta y quien probablemente, si no hubiese sido por la guerra, se habría casado con José María Quiroga, por el enorme cariño que surgió entre ellos), María (viviría después en Nueva York) y Ramón (nunca encontró un rumbo en su vida y viviría de los derechos de autor de su padre) (Sánchez Romero, 2015). Véase en «Anexo II» una fotografía de la familia.

Su preocupación por la política española creció durante el reinado de Alfonso XII, quien moría en 1885 sin lograr establecer en España la estabilidad y la prosperidad esperadas. Con el propósito de apoyar la regencia de doña María Cristina –embarazada del futuro rey Alfonso XIII–, los dos partidos políticos principales, representadas por Cánovas del Castillo (Partido Conservador) y Práxedes Sagasta (Partido Liberal), se reunieron en noviembre para firmar el Pacto del Pardo. En dicho acuerdo se comprometían a garantizar la continuidad de la monarquía y aprobaron el turno político: Cánovas cedía el poder a los liberales a cambio de que éstos acatasen la Constitución de 1876 y el poder se lo irían turnando de forma más o menos regular. El fin de asegurar que a través de medios más o menos democráticos se garantizase el turno político llevó a un aumento de la corrupción en el país. El encasillado y el pucherazo, sustentados por el caciquismo, se convirtieron en prácticas habituales y bien aceptadas por la clase política con el fin de mantener la estabilidad.

La decadencia devoraba al país. «¡Me duele España!», diría Unamuno. El también autor y diplomático Ramiro de Maeztu criticaba la falta de «escuelas, de una administración de justicia digna de su nombre, de moralidad administrativa, de espíritu de trabajo, de clase media, de agua, de industria». Pero el ocaso –la decadencia y el tejido político cada vez más roído de finales de siglo– se alargaría unos años más. El sol se pondría finalmente en 1898 con la pérdida de las colonias restantes de lo que un día fue el imperio español: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. La guerra contra un enemigo mucho más fuerte, Estados Unidos, provocó un trágico número de bajas españolas y una derrota definitiva. Este hecho trajo un halo de pesimismo general en España, aunque también reforzó la voz de aquellos que abogaban por la regeneración, el cambio o incluso, como dirían algunos, la «europeización» de nuestro país.

A Unamuno la noticia del desastre del 98 le llegó en uno de los momentos más difíciles de su vida. En 1896 había enfermado su hijo Raimundo de meningitis –que se complicó con una hidrocefalia y acabó arrebatándole la vida en 1902, lo que causó un hondísimo dolor a sus padres– y en 1897 sufrió una profunda crisis ideológica –finalmente se dio de baja en el Partido Socialista– así como de fe religiosa –una fe que nunca fue serena (Shaw, 1980) desde su juventud en Madrid y que estalló en una crisis de agnosticismo a raíz de la terrible enfermedad de su hijo–, de la que se pudo reponer, aunque le dio un nuevo sentido a la religión: «un cierto cristianismo vago, evangélico, convencido de que Dios no es una necesidad racional, sino como un imperativo cordial. En el fondo soy un individualista, pero

sigo creyendo que el individualismo es la más firme base del socialismo y que llevados a su más pura expresión se identifican» (Mainer, 1983). Unamuno dedicaba un enorme esfuerzo a su trabajo, como se puede observar en la obra tan extensa del autor. No obstante, en aquella época no resultaba fácil cobrar los trabajos literarios, y además era una época dura para España y más aún para las familias tan numerosas como la suya, por lo que se puede adivinar que su vida no fue cómoda sino que discurrió de forma austera. Para no pasar frío en los durísimos inviernos de Salamanca se metía en la cama a leer, se recorría el país dando conferencias y vestía de forma austera (Sánchez Romero, 2015).

Se distinguían en aquella época dos Españas cada vez más distantes: una España oficial, falsa e infectada por la corrupción y el mal gobierno, y una España real, la auténtica España compuesta por los españoles que se esforzaban por salir adelante cada día y que aún conservaban el espíritu que Unamuno llamaría «intrahistórico». Aparecieron así varias reacciones que Laín Entralgo clasifica en tres grupos: los arbitristas del «Regeneracionismo» –Costa, Macías Picavea, Isern, etc.–, los sabios y profesores –Menéndez Pelayo, Cajal, Ribera, Hinojosa, etc.– y los egregios de la «Generación del 98». Los autores regeneracionistas criticaban en clave política, económica y social los males que sufría el país, como la forma de gobierno, las desamortizaciones que derivaban en latifundios o las altas tasas de analfabetismo (Laín Entralgo, 1997). Sus propuestas se relacionan con la racionalización del uso y la distribución de las tierras, la modernización de la administración pública y la mejora del sistema educativo en España. En relación con el Regeneracionismo, fue relevante en esta época el *krausismo*, introducido por Julián Sanz del Río, y sobre cuyas ideas se fundamentó el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza (1876-1936) dirigida por él. Destacaría dentro del movimiento, más adelante, Joaquín Costa con obras tan importantes como *Colectivismo agrario de España* (1898) y *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España* (1901) y con el lema «escuela, despensa y doble llave al sepulcro del Cid». El grupo de sabios y profesores se caracterizaba por la esperanza de un futuro mejor de la mano de la restauración borbónica con el golpe de Estado de Martínez Campos. Por último, la «Generación del 98» la compondría un grupo de autores, entre los que se encontraba Unamuno, que llevaron a lo literario y subjetivo el pensamiento regeneracionista (Laín Entralgo, 1997). El siguiente apartado analizará con mayor detenimiento a esta generación literaria.

Además, florecieron en esta época los movimientos anarquistas y comunistas, reflejo de una forma más radical del clima de desapego hacia la clase dirigente española.

En 1901 don Miguel fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca y continuó su labor literaria. Pese a no volver a militar en ningún partido desde que abandonó el socialista, gracias a su posición académica y a su creciente popularidad como líder intelectual de la oposición liberal, don Miguel diría en 1917 en una carta a Pedro Corominas: «tengo la convicción de influir en la política española más que la inmensa mayoría de los diputados y los senadores» (Salcedo, 1964).

A medida que pasaba el tiempo, la situación política en España se complicaba más – oposición al turno político, I Guerra Mundial en el continente europeo, la Semana Trágica, guerra de Melilla, etc.–, en especial desde el ascenso al trono de Alfonso XIII en 1902 con su mayoría de edad. Cuando en 1923 Miguel Primo de Rivera daba un golpe de Estado e instauraba una dictadura –con rey– bajo su mando, mayor se hizo la oposición al régimen por parte de Unamuno. La defensa de sus ideas y la crítica al rey y al dictador provocó que lo destituyesen de sus cargos en la Universidad de Salamanca e incluso fue desterrado a Fuerteventura en febrero 1924, donde pasó una larga temporada hasta que logró huir en un velero hasta Las Palmas y después en un vapor consiguió llegar a Cherburgo, en Francia. Abandonar a su familia y su país le causó un grandísimo dolor, como se refleja en sus poesías de aquellos años: «Vuélveme los días macizos/ de mi España, Señor:/ hoy grita en ella mi silencio/ henchido de dolor» (Salcedo, 1964). Pasó después una temporada en París y después en Hendaya, desde donde escribía cartas a su mujer, Concha, y, sobre todo, a su hija Salomé, quien le daría una enorme alegría al casarse con José María Quiroga, otro hombre de letras con quien después don Miguel mantendría una estrecha relación. Fue una época económicamente muy difícil para la familia, a la que sostenía su hijo Pablo como odontólogo mientras don Miguel no podía volver al país (Sánchez Romero, 2015). Finalmente, tras la caída de Primo de Rivera, Unamuno pudo regresar al lado de su familia en 1930 y pisar el suelo de su amada España. Al entrar en el territorio fue recibido con gran emoción por el pueblo, con vítores, abrazos y palabras de afecto.

En 1931 se proclamaba la República, la segunda de España y para Unamuno, quien recuperó entonces su cargo como rector de la Universidad de Salamanca y fue elegido diputado a las Cortes, aunque en 1933 decidió jubilarse y no continuar su carrera política. Fue

nombrado al año siguiente rector vitalicio, a título honorífico, y se creó una cátedra con su nombre. Le siguieron unos años en los que la vejez le trajo cierto sosiego para reflexionar sobre su fe y su existencia y es entonces cuando escribe *San Manuel Bueno, mártir* (Salcedo, 1964). Y después vinieron otros años tristes, pues murió su querida hija Salomé, que vivía en Madrid con su marido y su hijo Miguel. Al no poder hacerse cargo él solo del hijo, su hija Felisa fue a vivir con ellos para ayudarles. Poco después falleció su mujer, Concha, «su amor y su alegría», cuya mente se había ido deteriorando progresivamente los últimos años. Estas pérdidas le robaron la felicidad al pobre don Miguel. Además, su hijo pequeño, Ramón, seguía sin poner rumbo en su vida, algo que le preocupaba en gran medida. Sin embargo, le llegarían también algunas noticias buenas, como el nombramiento de su hijo Fernando como Dr. Honoris Causa por la Universidad de Oxford o como la llegada a su casa de su nieto Miguel Quiroga (Sánchez Romero, 2015).

Al inicio de la Guerra Civil en julio de 1936 (o «incivil», como la definía don Miguel) apoyó por muy poco tiempo al bando sublevado, pues no tardaría en retractarse. En octubre de ese mismo año se enfrentó con el General de Millán Astray durante la ceremonia de apertura del curso en la Universidad de Salamanca. Allí gritó el General un «¡Abajo la inteligencia y viva la muerte!», a lo que respondió con sus célebres palabras «venceréis pero no convenceréis». La esposa de Franco, allí presente también, le ayudó a escapar de aquella escena mientras Astray le amenazaba con una pistola (Laín Entralgo, 1997).

El resto de su vida, apenas tres meses, lo pasó recluso en su casa, aunque rodeado de su nieto Miguel Quiroga, de sus cuatro hijos (Felisa, María, Pablo y Rafael). Continuó su labor literaria y recibía visitas de otros escritores. Cuando comenzó la guerra, creía que sería un conflicto muy corto y quizás hasta necesario por la acumulación de huelgas, alteraciones, etc. Sin embargo, los fusilamientos a diario y la gravedad de los altercados le hicieron ver que aquel conflicto se alargaría más de lo esperado. Finalmente, la tarde del 31 de diciembre, durante una entrevista con el profesor falangista Bartolomé Aragón, al tardar en contestar a una pregunta parecía que se había dormido, el olor a zapatilla quemada avisó de su muerte (Salcedo, 1964). Así desaparecía de este mundo el quijotesco don Miguel de Unamuno, el fuerte vasco y, por encima de todo, español que siempre fue.

## 2.2. La obra de Unamuno y la Generación del 98

La obra de don Miguel de Unamuno fue muy extensa y abarcó prácticamente todos los géneros literarios, desde poesía hasta ensayos políticos, pasando por artículos de prensa, novelas y teatro. Su obra se enmarca dentro de la llamada «Generación del 98», una generación de autores que marca un antes y un después en la literatura y el pensamiento españoles. La decadencia de España al final del siglo XIX despertó una actitud reformista en muchos autores que soñaban con rescatar la autenticidad de España y regenerarla. La generación con frecuencia se divide en dos promociones, una algo mayor en la que estaría Ángel Ganivet junto a don Miguel, y una más joven a la que pertenecerían Pío Baroja, José Martínez Ruiz *Azorín*, Ramiro de Maeztu –el Grupo de los Tres–, Antonio Machado, y a veces también se incluye a Ramón M<sup>a</sup> del Valle-Inclán<sup>2</sup>. El nombre de la generación fue acuñado por Azorín y deriva del desastre del 98, por la pérdida de las últimas colonias. A pesar de que la idea de la decadencia española era muy anterior y estos autores venían criticándola años atrás, Pedro Salinas diría: «lo esencial es que el desastre convirtió lo que podía haberse tomado como un presentimiento de pesimistas en una brutal realidad histórica que gravitó en todas las conciencias despiertas y que las hizo agruparse frente al problema esencial de esa generación: España» (Laín Entralgo, 1997).

No obstante, la existencia de una Generación del 98 es una cuestión a veces discutida y varios autores la han negado, en especial durante la época y entre ellos el propio Baroja. «El 98 no tenía ideas, porque éstas eran tan contradictorias que no podían formar un sistema ni un cuerpo de doctrina», opinaba Baroja (Laín Entralgo, 1997). Sin embargo, aunque fuese «para llenar el hueco», como diría el autor, parece innegable que este grupo de literatos formase cuanto menos una escuela o un movimiento literario e ideológico.

Pedro Salinas, sin embargo, para defender que sí se trataba de una generación literaria se basó en los elementos del esquema de Peterson<sup>3</sup>, los cuales confluyen sin falta en el grupo

---

<sup>2</sup> De acuerdo con Greenfield y Zahareas, Valle-Inclán muestra una aparente falta de interés por los problemas españoles entre 1895 y 1908, y se le consideraba escéptico frente a las actitudes ideológicas como la agonía, la intrahistoria, la abulia y el españolismo. Por estas razones, numerosos académicos no le consideran parte del 98, sino modernista (Shaw, 1980).

<sup>3</sup> Pedro Salinas se basó en el concepto de generación literaria propuesto por J. Petersen en su libro *Las generaciones literarias* (1930), según el cual un grupo de autores para conformar una generación ha de compartir las siguientes características: proximidad de fecha de nacimiento, coincidencia u

formado por Ganivet, Unamuno, Maeztu, Baroja, Azorín, Valle-Inclán y Machado (Lain Entralgo, 1997), a saber: (1) todos ellos nacen entre 1864 –Unamuno– y 1875 –Maeztu y Antonio Machado–; (2) se forman más de forma autodidáctica en la biblioteca que en la Universidad, aunque la mayoría se licencia, y coinciden en sus lecturas –de autores como Pi y Margall, Costa, Ibsen, Nietzsche, etc. (Sobejano, 1967)–; (3) existe una relación personal entre los autores por la participación en revistas y en tertulias literarias, la redacción de manifiestos, la celebración homenajes, etc.; (4) desastre del 98 será el acontecimiento para Salinas que marque a esta generación, reflejo de la decadencia en España; (5) dentro del grupo no destaca ningún autor, aunque Salinas entiende que no es necesaria la figura de «caudillo», que sí lo es para Petersen, aunque declara que el filósofo alemán Friedrich Nietzsche sería guía ideológico de la generación<sup>4</sup>; (7) el lenguaje de la Generación del 98 es el *modernismo*, en el sentido de que su obra reforma completamente el estilo de la época, aunque no solo la forma de redactar poesía (como sería el caso del movimiento del modernismo literario), sino todos los géneros que toca, pero además le dan un uso más efectivo a la lengua para transmitir sus ideas de forma directa y sobria, lejano al barroquismo y en busca de la precisión y la claridad; (8) la generación anterior, la realista –Galdós, Pardo Bazán, Clarín–, carecía ya de todo crédito entre las nuevas conciencias y era incapaz de creaciones renovadoras, estaba *anquilosada*.

Si para Salinas no cabía duda, con la perspectiva que da el paso del tiempo parece innegable considerar que este grupo de autores conformó una generación literaria. Su obra se caracteriza por una temática y por un estilo similares, que pasaremos a analizar a continuación.

Respecto al contenido, aquello que identificaba a este grupo de autores era sin duda su preocupación por España. El movimiento regeneracionista abogaba por la construcción de una España nueva, pero seleccionaba los parámetros por los que debía regirse la nación y con ello olvidaba la premisa de que una nación necesita ser plural y dinámica –pues es una

---

homogeneidad de la formación, relaciones personales entre los hombres de la generación, acontecimiento o experiencia generacional, existencia de un caudillaje, anquilosamiento de la generación anterior, y un lenguaje generacional (Inman Fox, 1989).

<sup>4</sup> La influencia que se atribuye a Nietzsche en los autores de la Generación de 98 es un tema recurrente. En el caso concreto de Unamuno se podrán apreciar algunos matices en sus ideas, aunque el autor siempre lo negaría.

convención social–, por lo que en ocasiones se ha considerado un movimiento nacionalista, contrario a la idea auténtica de nación (Marco, 2015). Los autores de la Generación del 98, como don Miguel, se esforzaban por encontrar la auténtica esencia de España, esa España de la que estaban tortuosamente enamorados. Con frecuencia la identificaban con Castilla, lo que conducía inevitablemente a que en la construcción de *su* España regenerada se impusiesen aquellos rasgos supuestamente castizos y se intentasen borrar otros diferenciales o negativos.

Declaraba Azorín: «de nuestro amor a España responden nuestros libros. Los libros de Unamuno, de Baroja, de Maeztu, los míos. No creo que tenga yo ni un solo libro ajeno a España». Continuaba: «nosotros hemos sabido darle una entonación lírica y sentimental a las cosas y a los hombres de España. Lo que los escritores del 1898 querían [...] era un patriotismo serio, digno, sólido, perdurable». Para Azorín las dos palabras fundamentales en la escuela del 98 serían frivolidad y España: «frivolidad representa la parte negativa y España lo constructivo. Tratábamos nosotros, por la vía literaria, con el estudio de los paisajes, de las ciudades y de los hombres, de imponer un sentido de la vida que se compendia en las dos palabras: gravedad castellana. Sentido perdurable y noble», escribía Azorín (Laín Entralgo, 1997).

Pedro Laín Entralgo, en su libro *La generación del 98* (Laín Entralgo, 1997), afirma que todos ellos «aman a una imagen y a un ensueño de España, y todos repudian la España que sus ojos descubren. Aman a España con amor amargo». Aquella dualidad entre la España real –auténtica y castiza, como diría Unamuno– y la España oficial –falsa y responsable de la decadencia de España– que se mencionó más arriba tiene una especial importancia para este grupo de autores. El amor de don Miguel se refleja en las palabras con las que comenzábamos este capítulo y con las que seguía el fragmento: «el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de nuestro señor don Quijote, un dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español» (Unamuno, 2006).

Laín Entralgo identifica tres grandes apartados en los que convergen los trabajos de esta generación: (1) la crítica de la vida española en lo que ésta tenía entonces de «moderna» y «civilizada»; (2) la crítica de la historia de España y de las formas de vida que actualizaban entonces la fracción inaceptada e inaceptable de esa historia; y (3) la crítica de la peculiaridad



psicológica del hombre español, así de la pendiente de su índole nativa o racial –casticismo de casta, temperamento– como engendrada por la singularidad de la historia de España –casticismo histórico–.

Así pues, la obra de estos autores refleja las circunstancias políticas y culturales de la España su tiempo, a la par que la cotidiana realidad de cada día (Granjel, 1959).

En cuanto al estilo literario propio del 98, el grupo se afanó por romper los lazos con las fórmulas estéticas tradicionales. Igual que contra la España oficial, los escritores noventayochistas se rebelaron contra la literatura oficial, contra «el orden literario establecido», en palabras de Azorín (Shaw, 1980). De forma similar a los modernistas, coetáneos suyos, se afanaban en reformar la poesía y la prosa. No obstante, como destaca Shaw, mientras que los modernistas buscaban una innovación esencialmente estética en un intento de crear belleza, los noventayochistas intentaban usar un castellano efectivo (Shaw, 1980). «Tengamos primero que decir algo jugoso, fuerte, hondo y universalmente humano, y luego, del fondo, brotará la forma» (Unamuno, 1899).

Para los noventayochistas su preocupación estaba en el contenido, en la reflexión en torno al problema español, y la literatura tan solo era el medio para desarrollar sus ideas. De acuerdo con Salinas, no se limitan a reformar el modo de escribir poesía o el modo de escribir en general, sino que aspiran a conmover hasta sus cimientos la conciencia nacional, llegando a las mismas raíces de la vida espiritual (Shaw, 1980). De ahí que el género literario que encuentren más útil para expresarse sea el ensayo, donde también introducen importantes cambios: si bien tradicionalmente había sido un modo de expresión impersonal, con el 98 la gama de tonos que acepta se amplía desde violentas denuncias hasta casi lírico (Shaw, 1980).

No obstante, además de la reflexión filosófica los autores dedicaron gran parte de su obra a las descripciones paisajísticas de España, inspirados por el amor que sentían hacia ella. Se trata de descripciones de paisajes españoles que evocan sentimientos, recuerdos. Como recoge Shaw (Shaw, 1980), más que retratar la escena, la *meditan*.

Su estilo es posiblemente una consecuencia de la influencia de los movimientos literarios y de los autores que les precedieron. Para definir el estilo noventayochista, Granjel propone unir «el grito de pasión de Echegaray al sentimiento subversivo de Campoamor y a la visión de la realidad de Galdós, y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación del 1899» (Granjel, 1959). Su expresión se caracteriza por seguir

un estilo directo, sobrio, espontáneo. Esta reforma noventayochista en las letras españolas sentó las bases sobre las que se edificaría más adelante la novela del siglo XX.

Junto con el ensayo, destaca la novela dentro de la producción literaria del 98. De nuevo, introdujeron en este género también importantes cambios, que Shaw (Shaw, 1980) caracteriza de la siguiente forma: suelen estar estructuradas en torno a un personaje dominante cuya evolución psicológica marca el desarrollo de la novela y los diálogos marcan el progreso de la trama. Don Miguel creó el término «nivola» para hacer referencia a su propia variante dentro de este estilo de novelas.

Por último, es relevante destacar también la labor poética del 98, en especial la de Unamuno y Machado. A pesar de la importancia de la corriente modernista –originaria de Latinoamérica– y parnasianista –de Francia– en aquel tiempo, los autores noventayochistas se alejaron de aquel estilo gobernado por el lema del arte por el arte. Compartían con el modernismo, sin embargo, el afán renovador de la poesía española, aunque lo hicieron de una forma muy diferente. La poesía para Unamuno y Machado era un instrumento para «agitar los espíritus», como decía don Miguel (Maeztu, 1980). A través de la poesía pudieron expresar algunas de sus más hondas preocupaciones, como Unamuno su crisis de fe o el amor hacia España.

El teatro de esta generación tuvo un éxito mucho menor. Aunque a veces se incluía a Valle-Inclán y Benavente dentro del grupo, el núcleo del 98 no logró destacar en este género. Probablemente carecían del humor necesario y, como indica Shaw (Shaw, 1980), quizás la única concepción del humor que el grupo llegó a poseer fue lo que Unamuno denominó «bufo-trágico».

En conclusión, la Generación del 98 fue un grupo ideológico y literario que destacó por su afán en renovar los ideales y las creencias de su época, por amar amargamente a España y por analizar la situación del país como un problema de mentalidad, algo más profundo que un problema político, económico o social. Los autores noventayochistas verán la literatura como un instrumento para indagar en el problema de España (Shaw, 1980). Su labor intelectual fue muy extensa, en la que emplearon y reformaron varios géneros literarios, entre los que destacaron el ensayo y la novela. Dado que para el 98 el problema de España era la ausencia de autorreflexión, de «problematicidad» (Granjel, 1959), buscaron siempre todos ellos

despertar a los españoles para imponer un cambio. Unamuno anheló, más que ningún otro miembro de su grupo por su intervención social, el calificativo de desvelador de conciencias o sembrador de inquietudes (Granjel, 1959).

## **2. El regeneracionismo y el castellano en el pensamiento de Unamuno**

La regeneración de España es un tema frecuente en la obra de Unamuno. La decadencia del país, expandida por la corrupción, la educación y la poca apertura al mundo, despierta en él una preocupación patriótica nacida del amor amargo que profesa hacia España. Por esta razón dedicaría los más de sus años a escribir y predicar para despertar en el resto de españoles el anhelo de una nación más fuerte, fresca y pura. Unamuno desea una España nueva, aunque no es necesario crearla, sino recrearla, regenerarla. Habría, pues, que desenterrar lo profundo del carácter español y sacarlo a relucir. Esta autenticidad buscada, la pureza del alma española, es a lo que llamaría «casticismo».

### **2.1. Españolizar España para regenerarla**

En su obra más destacada, *En torno al casticismo* –una colección de ensayos escritos entre 1894 y 1916–, describe y reflexiona acerca de cuál es ese espíritu castizo, presente de forma eterna durante toda nuestra historia aunque silencioso y apenas perceptible, y que tanto desea extraer como un diamante en bruto que después habrá que pulir. En las páginas de esta obra habla de la tradición eterna, de una «intrahistoria» de España que no se encuentra recogida en los libros, sino que se trata de todos aquellos hechos cotidianos, aparentemente irrelevantes, que labran la personalidad de un pueblo, pero que permanecen en silencio en las aguas tranquilas y profundas del océano, mucho más hondo que el ruido y los movimientos constantes de la superficie. Unamuno se refiere al carácter que identifica a todos los españoles que trabajan día a día en silencio, ajenos al ruido de la política y de los cambios que verdaderamente no definen España; ni liberales ni conservadores, ni republicanos ni monárquicos, tan solo españoles.

Unamuno introduce el concepto de la «intrahistoria» para hacer referencia al devenir del auténtico fondo del alma española, que le permite elevar a un plano filosófico la dicotomía tan recurrente de la época entre la España real y la oficial. Esta idea es la base de todo su pensamiento y sus reflexiones sobre la regeneración española.

Así pues, la España anhelada debe llegar a la «intraconsciencia», en palabras del propio Unamuno, mediante un proceso de observación y análisis que permita extraer la mena del espíritu español –lo castizo–, con el fin de hacer que ésta se refleje en todos los niveles de la

sociedad, y se elimine la ganga que tanto menoscaba al pueblo español. Por tanto, en este proceso de españolización –o «intraespañolización»– debe morir todo lo artificial, lo que no es castizo, y que generalmente representa a la España oficial, la responsable de la decadencia del momento y de lastrar el progreso.

Al mismo tiempo, Unamuno defiende que a este proceso de interiorización le debe acompañar otro de exteriorización y de apertura al mundo, en especial a Europa. La españolización no sería nunca completa ni próspera sin la europeización; e identifica como uno de los problemas de España el haber permanecido cerrada, intentando proteger su tradición por miedo a la influencia del exterior y de Europa. El porvenir de España espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, y «no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo» (Unamuno, 2007).

Por tanto, parece que Unamuno tiene claro el problema: España ha olvidado su esencia – su casticismo– y esto la ha conducido a una situación de profunda decadencia, por lo que debe quitarse la capa que la envuelve, de cara a españolizarse y abrirse al progreso. Para Unamuno este tema posee vital importancia, porque la nación –España– es aquello que le da sentido a la vida del hombre.

Cuando Unamuno pierde la fe en Dios, sufre una profunda crisis existencial. Dios parece morir para él, como anunciaba Nietzsche, lo cual le provoca una angustia interior porque la vida deja de ser trascendente: nuestro paso por la vida es transitorio y después no hay nada. La imagen de Dulcinea como símbolo de la inmortalidad y de la vida eterna se desvanecía ante sus ojos. Entonces, igual que Nietzsche encuentra en el superhombre la figura que da sentido a la vida, pues se encuentra por encima del bien y del mal y es capaz de vivir con libertad, sin arrepentimientos ni condenas, dispuesto a repetir cada paso que ha dado («¿Era esto la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!»), Unamuno encuentra en la nación el descanso para su alma. La integración en una comunidad, en una nación, anula todos los terrores y las ansiedades a las que la muerte de Dios había dado lugar, porque a través de la nación los humanos se eternizan (Marco, 2015). Es decir, sin un referente religioso de eternidad, el formar parte de una nación lo sustituye. La nación se aparece como una nueva Dulcinea, hacia quien nuestro amor nos lleva a cometer hazañas de espíritu que nos eternizan, porque se eterniza así la vida de un pueblo, de una comunidad.

En su ensayo *La vida de don Quijote y Sancho* (Unamuno, 2004), analiza e interpreta la obra de Miguel de Cervantes, clásico de la literatura española y una suerte de Biblia en su fe en España. De acuerdo con esta interpretación, el amor platónico de don Quijote hacia Dulcinea representa el ansia de la vida eterna, de alcanzar la gloria, puesto que es la fuerza que le empuja en sus aventuras. Ese amor es el deseo de «eternizarse por ella en hazañas de espíritu» (Unamuno, 2004). Unamuno considera que España necesita –porque realmente él la necesita– una Dulcinea que dé sentido al progreso de nuestra nación –y a su vida–.

Su pérdida de la fe le y las largas noches intentando recuperarla le llevan a concluir que tener fe es querer tenerla. Creer es querer creer (Unamuno, 1901). Así pues, la nación española existe en tanto que queramos que exista y que el pueblo esté dispuesto a defender su identidad. Entonces Unamuno se siente responsable de hacer llegar este mensaje y despertar en los españoles el amor por Dulcinea necesario para luchar contra aquellos molinos que muelen el porvenir de nuestra nación.

El camino que emprende no es sencillo, ya que la definición del espíritu español es algo confuso y solo a Unamuno parece revelarse la verdad en el silencio de la intrahistoria, por lo que se siente profeta (Marco, 1997) y con el deber de comunicarla al resto de españoles<sup>5</sup>, de españolizar España en el sentido de retomar nuestras raíces y, una vez libres de lastres, progresar.

Unamuno anhela una España celestial (Unamuno, 2006), construir el cielo en tierra castellana, pero para alcanzarla debe despertar el sentimiento de nación en el resto de españoles y transmitirles este amor entre lo religioso y lo patriótico. Jamás lo consigue porque la belleza castiza, pura, de España no cabe en el castellano, que constantemente le traiciona cada vez que desea describirla (Marco, 1997). El casticismo es tan natural que el lenguaje lo mancilla y cualquier intento de expresarlo es un fracaso para don Miguel. Esta lucha permanente contra el lenguaje para poder hablar es tan grandiosa como lo es su admiración por España. El problema de no poder expresar la verdad a través de la lengua le provoca tal angustia y frustración que incluso llegará a describir en su ensayo *La reforma del castellano* (Unamuno, 2007) sus deseos de poder hablar con álgebra, inspirado por Hegel, y

---

<sup>5</sup> «Él señala la gloria tras la muerte./ Quiere ser fundador, y dice: Creo;/ Dios y adelante el ánima española.../». Extracto del poema «A don Miguel de Unamuno», de Antonio Machado (Machado, 2008).

de crear un sistema lingüístico basado en el álgebra para tener más precisión y romper las cuerdas de la lengua que le atan y limitan.

Sin embargo, ¿existe realmente un espíritu español verdadero? Don Miguel está convencido de que es así y no le cabe duda de que, una vez descubierto ese casticismo, no es posible defender una España diferente. Sin embargo, como José María Marco observa en su libro *Sueño y destrucción de España* (Marco, 2015), el regeneracionismo trataba de construir España en base a su tradición, su historia y su cultura, en lugar de hacer de ella una nación plural y liberal, por lo que se convertía en un movimiento nacionalista. En esta línea, el casticismo tan buscado por Unamuno se convertiría en el parámetro que definiese un nacionalismo unamuniano propio y destructor de la nación entendida como un sistema político acordado voluntariamente por el pueblo –pues la nación ya quedaba definida por su naturaleza, no por convención social–.

No obstante, Unamuno, convencido de su misión de españolizar España y a los españoles y de construir esa España castiza y celestial, se enfrenta a su mayor obstáculo: la lengua.

## **2.2. La refundición del viejo castellano**

La lengua desempeña un doble papel en la obra de Unamuno. Por un lado, se trata del rasgo más importante de un pueblo porque es la expresión de su esencia, modela su pensamiento y refleja su historia y cultura. Por el otro, constituye el único vehículo que los individuos poseen para expresar sus ideas. Por esta razón, Unamuno desea encontrar un español nuevo que le permita ser fiel a la verdad, un español castizo y a la vez abierto al cambio, con el que pueda articular sus reflexiones y definir el camino del progreso. No se entiende el castellano como un mero instrumento para comunicarse en el día a día, sino que constituye el medio de transmisión de las ideas que regenerarán el país.

España necesita renacer, pero el progreso no se puede conseguir con una lengua inflexible ni con lenguas diferentes que no reflejan la unidad de la nación. Y así se añade un problema más en el proceso de españolización: en España coexisten varias lenguas –castellano, catalán, gallego y vasco–.

La propuesta lingüística de Unamuno pasa entonces a hablar del español: una superación del castellano –un «sobrecastellano»– que fusione todas las lenguas españolas y que

constituya una única lengua de integración nacional, de regeneración, de progreso y común para todos los hispanohablantes.

### **2.2.1. El español, lengua de integración nacional**

La lengua es parte del casticismo, la manifestación del alma de un pueblo, luego todas las lenguas españolas son relevantes pues expresan el espíritu de sus diferentes regiones. Sin embargo, para Unamuno –como parte del proceso de españolización–, España solo puede tener una lengua que refleje un único espíritu común –y todos a la vez a través de él–, y ésta ha de ser, como es lógico, la española. El español, sin embargo, no es sinónimo de castellano, sino de una superación de esta lengua –un «sobrecastellano», lo denominaría– que integre los rasgos del resto, para así representar a todas las regiones por igual.

Como es obvio, el castellano prima sobre todas las lenguas regionales y se ha hecho lengua oficial nacional –e incluso internacional–. Esto se debe a que el pueblo español se ha ido formando sobre el núcleo castellano, es decir, Castilla ha sido la responsable de construir la nación española. Desde la Corona castellana se reconquistaron las tierras musulmanas, se unieron el resto de coronas de la Península y se ampliaron las fronteras más allá del Atlántico. No obstante, a la par que los pueblos se unían con la Corona castellana, ésta se españolizaba cada vez más, «fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior a él, más complejo: el español» (Unamuno, 2007). Castilla ha sido la gota de tinta que tiñe el vaso de agua de la Península y del mundo. Castilla ha ido cediendo su carácter para compartirlo con el resto de regiones, a la vez que integrando características del resto: ha sido el eje de la integración y de la españolización.

El castellano, por tanto, es una lengua castiza, y en ella se han escrito las grandes obras que representan el carácter de la nación española en general (Unamuno, 2007). Sin embargo, mientras que el castellano es una lengua ya hecha, el español es una lengua en proceso. Además, no se trata solo de la lengua en sí, sino de la forma de pensar que conlleva. El pensamiento y la expresión verbal se encuentran inevitablemente sujetos a la lengua materna, luego el castellano ha influido en la historia del pensamiento y la filosofía española.

Entonces, ¿qué sucedería con las otras lenguas regionales?



Unamuno entiende que, puesto que Castilla ha sido históricamente el núcleo desde el que se ha conformado España, es la que mejor representa la naturaleza intrahistórica de nuestra nación y que, por tanto, el catalán, el gallego y el vasco deberían «morir», porque su mera existencia lastra el proceso de españolización, para renacer de nuevo en el castellano y sobrevivir a través de él. España es allí «donde se funden todas las diferencias, donde desaparece esa triste y pobre personalidad diferencial. Ni individuo, ni pueblo, ni lengua renacen sino muriendo; es la única forma de renacer: fundiéndose con el otro» (Unamuno, 2007). Que se fundan todas las lenguas regionales en el castellano y éste renazca en el español, una lengua para toda la nación, a través de la cual se pueda revelar el pensamiento castizo español. Solo conquistándonos los unos a los otros saldrá la España para todos (Unamuno, 2007).

### **2.2.2. El español, lengua del yo y de la regeneración**

La lengua es el vehículo de las ideas, y si España necesita regenerarse, desprenderse de los lastres que han provocado la decadencia en la que está sumergida, necesita ideas nuevas, luego un español nuevo. Unamuno considera que ese «sobrecastellano», fruto de una evolución lingüística necesaria, permitirá a los hispanohablantes expresar su alma castiza y pensar con mayor libertad, dar rienda suelta a sus ideas y enriquecer el saber.

El principal problema del castellano es su inflexibilidad derivada del elevado proteccionismo de la lengua y la rigidez de su gramática. Por aquel miedo a perder la identidad, se protegió en exceso la lengua y ahora quienes la hablan se encuentran obligados a encorsetar sus ideas en expresiones prefijadas y sus se ahogan en las palabras. Así no es posible que se escuche su alma, no habla desde el interior, sus ideas dejan de ser puras al decirse en alto. El castellano, tan rígido, traiciona a los españoles cuando lo emplean, y eso mismo le sucede a don Miguel cuando desea hablar de España. Además, se pierde precisión y se empobrece el suelo sobre el que han de nacer las nuevas ideas. Es por ello que Unamuno propone regenerar también la gramática, dotarla de mayor ligereza y libertad<sup>6</sup> para que cada individuo hable un mismo español, pero a su manera.

---

<sup>6</sup> Don Miguel opina a cerca de la gramática que «es tan útil para hablar y escribir el castellano con corrección, como la clasificación de las plantas de Linneo lo es para aprender a cultivar la remolacha, el cáñamo o el olivo» (Unamuno, 2007).

En su ensayo *La reforma del castellano* analiza algunos de los cambios que considera necesario introducir en el español para hacer de él ese «sobrecastellano» deseado. El principal de ellos es la libertad del individuo frente a la lengua, «escribe como te dé la real gana», llega a señalar en una ocasión (Unamuno, 2007). La anarquía puede llegar a la lengua sin dañarla, «no debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan, por la cuenta que le tiene» (Unamuno, 2007). Librarse de estas ataduras, según Unamuno, daría a los hablantes mayor ligereza en sus mensajes y podrían expresarse con mayor eficacia.

Asimismo, anima a que no sintamos miedo a la hora de inventar palabras. Por ejemplo, él creó numerosas palabras, tales como «nivola», «cocotología» o «intrahistoria», pues consideraba que con ellas podía reflejar de forma más fiel a la idea que deseaba transmitir. De haber denominado novelas, como cabría esperar, a sus «nivolas»<sup>7</sup>, no habría marcado diferencia con respecto a las obras de sus contemporáneos y se borrarían todos los matices que los diferencian. Sin embargo, al crear un término nuevo Unamuno hacía referencia exactamente a un estilo novedoso y personal que ya no sería necesario aclarar.

La lengua es dinámica, es posible crear términos para poder hacer referencia a ideas nuevas o introducir nuevos matices. Unamuno critica el prejuicio de creer que no hay más palabras legítimas que las contenidas en el Diccionario oficial, y que la función de la Academia sea decretar lo que es correcto (Unamuno, 2007). Para él, un pensamiento individual y poderoso siempre se hará su propia lengua. También debemos aceptar palabras extranjeras, pues los barbarismos hacen más rico el idioma, y si ya existe una palabra en español para lo que quiere decir otra palabra extranjera, su utilización con el tiempo, opina, le dará un matiz nuevo –quizás hasta necesario para poder hablar con más precisión–.

Esta libertad en el lenguaje ayudaría a que en España naciesen nuevas ideas y pensadores, así como a que la comunicación entre los españoles fuese más eficaz, lo cual ayudaría a regenerar el país, pues cada uno estaría interiorizando una lengua común y forjando sus ideas y su mente a su manera propia, pero con el mismo idioma que el resto de españoles. Al final, «el casticismo del lenguaje no es otra cosa que revelación de un pensamiento castizo y común» (Unamuno, 2007).

---

<sup>7</sup> Don Miguel creó el neologismo «nivola» para referirse con una sola palabra a sus obras de ficción narrativa caracterizadas por su trasfondo filosófico, por la libertad en la forma, por dar prioridad al contenido, y por centrarse en la vida interior de los personajes, que suelen representar una idea (Quinziano, 1996).

### **2.2.3. El español, lengua del progreso**

«Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente» (Unamuno, 2007).

Finalmente, el objetivo de revolucionar la lengua y de regenerar España es escapar de la decadencia en la que el país está sumergido. Por esta razón la propuesta de Unamuno sobre la lengua otorga tanta importancia a la europeización, a la apertura y a la flexibilidad: sin dinamismo y sin innovación no hay progreso. Por consiguiente, Unamuno es defensor de incluir palabras nuevas –lo que ayer fue neologismo, será arcaísmo mañana–, de asimilarlas, y de «hacer de lo extraño lo entraño» (Unamuno, 2007).

En este afán por renovar la lengua, deberían admitirse errores comunes y extendidos, como ha venido sucediendo a lo largo de la historia en todas las lenguas, pues a través de este proceso y de frecuentes metátesis han nacido y aún empleamos palabras como preguntar (del latín *percontari*), cocodrilo (del latín *crocodilus*), o quebrar (también, del latín *crepare*). «Mucho de lo que hace el pueblo al modificar las voces literarias es seguir aplicando a éstas las leyes que sacaron al castellano del latín y continuar el movimiento de vida que la lengua escrita tiende a paralizar» (Unamuno, 2007). Don Miguel establece un paralelismo entre el español y el latín, como lenguas en evolución que no deben estar sometidas a las exigencias y el rigor de una institución reguladora sino estar abiertas a los cambios.

### **2.2.4. El español, lengua hispanoamericana**

A la hora de realizar una revolución en el castellano, resulta inevitable pensar en las consecuencias que tendría en la lengua castellana fuera de las fronteras españolas y en la relación con los hablantes de los otros países hispanohablantes. Los cambios propuestos por Unamuno, que considera necesarios, para transformar el castellano en español podrían alejar a esta lengua de aquella utilizada en el resto de países hispanohablantes, lo cual perjudicaría a España, pues no hay mejor medio de progreso que mantener sus lazos con las antiguas colonias.

Ante tal riesgo, Unamuno considera que la refundición del viejo castellano debería darse de la mano en todos los países hispanohablantes para asegurar que siga existiendo una lengua

común y regenerada. Así, el «sobrecastellano» sería lengua internacional, además de lengua nacional en su forma del español.

Por consiguiente, Unamuno defiende que se modifique el castellano y evolucione hacia un «sobrecastellano», que sea a la vez más universal y más español, es decir, una lengua de todos y para todos. «Una de las más fecundas tareas que a los escritores en lengua castellana se nos abren, es la de forjar un idioma digno de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones» (Unamuno, 2007). Unamuno pide para América lo mismo que para España: que se imbuya de Europa, de progreso, y que se regenere –se europeice– (Unamuno, 2007).

En conclusión, Unamuno desea una regeneración de España que primero ha de pasar por una reforma de la lengua, necesaria para poder pensar nuevas ideas y ser sustento del cambio. «No caben nuevos vinos en viejos odres», opina (Unamuno, 2007). Así, el castellano habrá de ser la lengua nacional, pero transformada en *español*, una evolución en la que se recojan todas las lenguas regionales y sirva de expresión para el espíritu español, así como de todos los pueblos hispanohablantes. Además, dicha lengua deberá ser una superación del castellano actual: un «sobrecastellano» casi anárquico que no levante barreras al pensamiento y cada individuo pueda usar a su gusto. Unamuno ansía plena libertad lingüística para pensar con ella una nueva España.

### **3. La propuesta de Unamuno en la actual situación social de España**

Unamuno deseaba construir aquella España celestial caracterizada por la unidad y su casticismo español a la par que por la europeización y la apertura al progreso. Eran años de decadencia y de corrupción generalizada, por lo que se empezaban a respirar en el ambiente deseos de renovación y, aunque el proyecto que soñaba Unamuno para España era mucho más idealista que los de sus contemporáneos regeneracionistas como Joaquín Costa, su obra también contribuyó a desarrollar el pensamiento y a promover el cambio.

Si bien el sentimiento sobre la situación actual en España ha sido comparado con el de finales del siglo XIX y principios del XX, la realidad ha cambiado de manera muy significativa. Por una parte, es cierto que sí persiste desde entonces una crisis de identidad nacional en España y una dificultad a la hora de definir qué es nuestra nación, además de una crisis moral en el ámbito político, reflejada en un sistema donde se ha permitido la corrupción. Por otra, sin embargo, España no es la misma, como tampoco lo es la percepción que los españoles tienen de ella: hemos pasado por una guerra civil, por dos dictaduras, hemos realizado una Transición hacia una monarquía parlamentaria y la democracia, hemos sufrido el terrorismo, nos hemos integrado en una entidad supranacional europea y formamos parte de multitud de organizaciones internacionales que nos aseguran una posición activa e influyente en la comunidad internacional. No cabe duda de que España ha progresado acaso más de lo que don Miguel imaginaba, a pesar de los problemas que no nos abandonan. Rescatar ideas de autores de alguna forma consagrados con el tiempo resulta a menudo tentador, por lo que aún hoy se hacen referencias a textos y opiniones de Unamuno, así como a otros autores regeneracionistas, en relación con la crisis política y la amenaza separatista de determinadas regiones. Sin embargo, resulta peligroso conferirles en la actualidad el valor que pudieron tener en otro tiempo, ya que los problemas han mutado y las panaceas de entonces no curan los males de ahora.

Hoy se sigue planteando la cuestión de qué es España y hacia qué concepto de Estado o nación evolucionamos. El reconocimiento oficial de las nacionalidades que la integran a raíz de la Constitución de 1978 hizo patente la diversidad cultural de España<sup>8</sup>. Puesto que con

---

<sup>8</sup> «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas», art. 2 CE.

frecuencia el término nacionalidad se entiende como sinónimo de nación, la idea de un casticismo auténtico y único en todo el territorio español parece desvanecerse. España evoluciona hacia un Estado integrado por varias naciones, a las que hoy resultaría impensable pedir que dejaran «morir» sus lenguas –la expresión de su propio espíritu–, a pesar de la primacía del castellano como lengua oficial, pues supondría un atentado contra su tradición y contra la riqueza cultural de todo el país.

España actualmente camina hacia la idea de una suma de diferentes nacionalidades y regiones que juntas conforman un único Estado<sup>9</sup>. A un primer nivel quizás se puede hablar de un casticismo español que nos identifica y nos diferencia del resto, pero si profundizamos y llegamos al fondo para buscar la verdad, como quería Unamuno, encontraremos que cada región tiene sus particularidades. Para Ortega y Gasset estos rasgos distintivos son en realidad diferentes manifestaciones del alma española, formas distintas de ser español, aunque nos diferencien (Ortega y Gasset, 1960).

Por esta razón, la lengua española, aquel «sobrecastellano» español que defendía Unamuno, puede incluso volverse en contra de lo que él mismo deseaba, ya que al morir las lenguas regionales que dan voz a cada nación española, estas regiones tendrían que expresarse en una lengua fusionada con otras, por lo que se perderían muchos de sus matices propios que eran la única forma de manifestar en alto su espíritu y su casticismo. Si retomamos la idea de Ortega y Gasset, realmente no se estarían borrando diferencias artificiales que separan a los españoles e impiden llegar a la naturaleza pura de lo español, sino que se estaría reprimiendo las formas de ser vasco, catalán o gallego, que, al fin y al cabo, son formas de ser español sin ser necesariamente castellano.

En este sentido, la obra y el pensamiento de Unamuno aún puede servir como defensa de esta «unión en la diferencia» para defender España en oposición a los movimientos independentistas. Es posible extraer de don Miguel la idea del casticismo, aunque matizarla al identificar dos niveles: un casticismo más general que nos une y nos diferencia del resto de

---

<sup>9</sup> Aunque la organización territorial española reconoce el principio de autonomía de sus regiones y nacionalidades, se entiende que todas ellas integran a la nación española. Esto se refleja en el principio de soberanía nacional, como se ha podido observar recientemente en el caso de la sentencia pronunciada por el Tribunal Constitucional en relación con el referéndum sobre la independencia de Cataluña, pues declaraba que «los ciudadanos de Cataluña no pueden confundirse con el pueblo soberano concebido como “la unidad ideal de imputación del poder constituyente y como tal fundamento de la Constitución y del Ordenamiento” (STC 12/2008, FJ 10)» (STC042/2014).

pueblos del mundo, y otro más particular en el que se reflejan las distintas formas de ser español. Así, se nos animaría a escuchar el silencio de la intrahistoria de España para conocer y dar valor a lo que nos une frente a lo que nos separa. Si lográsemos esta «intraconsciencia», reconocernos y recuperar nuestra identidad, no solo estaríamos fortaleciendo España y generando mayor confianza en nosotros mismos, sino que seríamos capaces de deshacernos de los lastres que nos mantienen hundidos en la decadencia y trabajar por un sistema «regenerado». Cuando se tiene confianza en uno mismo, se pierde el miedo al cambio, a los nuevos horizontes y al progreso.

Como parte de este proyecto de españolización –en el sentido de reconocernos–, sería necesario recuperar el valor de la lengua como medio de expresión de la identidad y como moldeador de ideas. Con independencia de que las lenguas regionales se deban seguir protegiendo para evitar su «muerte», la idea de un castellano españolizado que absorbiese rasgos del resto de las regiones y se defendiese como lengua común de todos los españoles, sin duda, ayudaría a fortalecer el sentimiento de identidad a ese primer nivel del casticismo más general, que define el ser español. Asimismo, un «sobrecastellano» más flexible, dinámico y creativo se convertiría en lengua de expansión del pensamiento.

La línea de trabajo de la Real Academia Española (en lo sucesivo, RAE), como institución responsable de la regularización lingüística y de proteger la uniformidad del castellano bajo el lema «limpia, fija y da esplendor», se ha dado cuenta de la necesidad de dotar al castellano de más libertad. En los últimos años ha aceptado nuevas palabras: neologismos (*chatear*), barbarismos (*software*) o incluso ejemplos de mal español (*descambiar*). Otro matiz interesante en relación con la RAE recientemente es la adopción de una postura un poco más flexible a la hora de ceder autonomía a los hablantes. Así, la Academia ha permitido que cada cual decida si emplear o no la tilde diacrítica en algunas palabras como *solo/sólo* –cuando significa solamente y puede crear ambigüedad– o como en los pronombres demostrativos –cuando también pueda generar confusión–. Asimismo, como consecuencia de la globalización, del rápido avance de la tecnología y de la preponderancia de la cultura anglosajona, España se ha contagiado de la tendencia de crear palabras nuevas y emplear con más frecuencia siglas o acrónimos, lo que dota al español de mayor dinamismo e invita a sus hablantes a ser más creativos y transmitir ideas nuevas.

También, la fundación de la Asociación de Academias de la Lengua Española en 1951, actualmente integrada por 22 academias de países hispanohablantes –entre ellas, la RAE–, ha sido un paso definitivo para mantener la uniformidad lingüística en todos los países que tienen el español como una de sus lenguas oficiales. El mejor ejemplo de su labor quizás sea el Diccionario Panhispánico, donde se recogen voces, usos y expresiones propios de todos estos países, lo que permite que el castellano siga nutriéndose a sí mismo en sus diferentes formas. Así se observa que la idea de Unamuno del «sobrecastellano» como lengua hispanoamericana está presente en estos proyectos.



## Conclusiones

Del análisis realizado sobre el pensamiento de don Miguel de Unamuno acerca de la regeneración de España a través del español se pueden extraer las siguientes conclusiones:

**PRIMERA.- EL CASTICISMO CONVIENE ENTENDERLO EN DOS SENTIDOS AL MISMO TIEMPO PARA EVITAR UNA POSTURA NACIONALISTA.** El problema de la identidad nacional de España radica en la diversidad cultural de las regiones y nacionalidades que componen el Estado, ya que aún sigue abierto el debate de si España es una nación única o una nación de naciones. Por lo tanto, se desvanece la idea unamuniana de un casticismo común, de un carácter idéntico en todos los rincones españoles. Conviene entender este casticismo español en dos sentidos: primero, una manifestación del alma española que nos relaciona a todos y nos diferencia del resto de Estados; y segundo, a un nivel más hondo, una manifestación particular del alma española en cada región, que refleja las diferentes formas de ser español. Entender España desde esta perspectiva permite proteger la identidad de cada región, a la par que fomentar el sentimiento de fraternidad entre todas ellas bajo el manto de una nación común. Una España regenerada, unida en las diferencias, es la forma de salir de la decadencia y construir un porvenir más próspero.

**SEGUNDA.- UN ESPAÑOL COMO LENGUA DE INTEGRACIÓN NACIONAL.** La propuesta de Unamuno de crear una lengua de integración nacional, que ha de ser el *español*, no como sinónimo de castellano sino como una superación del mismo en la que se fusionen el resto de lenguas regionales y que sirva de medio de expresión para todos, resulta una idea casi utópica. Sin embargo, trabajar por un español más flexible que acepte rasgos de las otras lenguas españolas podría favorecer el sentimiento de identidad a nivel nacional. No obstante, en ningún caso debería apostarse por la «muerte» de estas lenguas o dialectos, pues al final son las voces que tienen los pueblos españoles para expresar su espíritu. Un Estado con varias lenguas es un terreno fértil para el pensamiento, pues se encuentran formas más creativas de expresar las ideas y de generar nuevas.

**TERCERA.- EL REGENERACIONISMO NO ES APLICABLE EN LA ACTUALIDAD.** En ocasiones se intenta rescatar ideas de autores del movimiento regeneracionista y de la Generación del 98, aunque es una empresa condenada al fracaso. Una suerte de nacionalismo como el que de fondo implican las ideas de muchos de estos

autores, como el caso de Unamuno, no es el medio adecuado para construir una identidad nacional más fuerte, puesto que acaba borrando los rasgos característicos de sus diferentes regiones, como la lengua o el dialecto, y esto acentuaría su deseo de independencia en lugar de favorecer la unidad.

**CUARTA.- REVOLUCIONAR EL ESPAÑOL PARA REVOLUCIONAR LAS IDEAS.** El español se ha estado protegiendo en exceso desde instituciones lingüísticas como la RAE, que fijan normas estrictas que hacen cada vez más rígida la lengua, por lo que los hispanohablantes se ven forzados a contener sus ideas en las palabras que ya existen y. Puesto que inconscientemente utilizamos nuestra lengua materna para pensar, el reflexionar en un español tan rígido cohibe el instinto creativo y reprime muchas ideas. Si se desea una España nueva, juiciosa y abierta al progreso, es necesario un español mucho más flexible, dinámico y que haga libres a los españoles para dar rienda suelta a nuevas ideas.

Sin darnos cuenta, el español está evolucionando en esta línea. La Real Academia Española en los últimos años ha seguido una tendencia similar a la propuesta por Unamuno en relación con la aceptación de neologismos, barbarismos y palabras mal pronunciadas que la población repite constantemente. Asimismo, la globalización favorece la circulación de textos traducidos y cada vez se perciben como más normales las tendencias exotizantes en la traducción, lo cual conduce a que se lea con mayor frecuencia libros escritos originariamente en otros idiomas y que nuestra forma de pensar se adapte fácilmente a nuevas mentalidades. Esto potencia de forma casi incontrolable lo que Unamuno decía sobre dejarse influir por lo extranjero. La españolización también debe estar abierta al progreso.

**QUINTA.- CONVIENE SEGUIR TRABAJANDO EN UN ESPAÑOL UNIVERSAL.** En los últimos años la labor de la Asociación de Academias de la Lengua Española, de la que la RAE es miembro, ha realizado un trabajo muy positivo por mantener un español común en todos los Estados de habla hispana, en especial con el Diccionario panhispánico de dudas. Un español universal posee una enorme importancia porque es la mejor manera de mantener los lazos entre las diferentes naciones e intensificar sus relaciones en todos los ámbitos, desde el político o el económico hasta el educativo.

En conclusión, España desde sus orígenes ha lidiado con el problema de la identidad nacional, pero siempre se ha mantenido unida. En español se han escrito sus grandes obras

literarias, se han pensado sus proyectos políticos y se han hablado los campesinos mientras labraban sus tierras. Dejemos que la lengua siga formándose y confiemos en España, que jamás amengüe su voz.

## BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS

Granjel, L. S. (1959). *Panorama de la Generación del 98*. Madrid: Guadarrama.

Inman Fox, E. (1989). El concepto de la Generación del 98 y la historiografía literaria. *Northwestern University*.

Juaristi, J. (2012). *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus.

Laín Entralgo, P. (1997). *La generación del 98*. Madrid: Espasa Calpe.

Maeztu, M. (1980). *Antología–Siglo XX: Prosistas españoles. Semblanzas y comentarios*. Madrid: Espasa Libros.

Mainer, J. C. (1983). *La Edad de Plata (1902-1939)*. Madrid: Cátedra.

Marco, J. M. (2015). *Sueño y destrucción de España. Los nacionalistas españoles (1898-2015)*. Barcelona: Planeta.

Salcedo, E. (1964). *Vida de Don Miguel*. Salamanca: Ediciones Anaya S.L.

Shaw, D. (1980). *La Generación del 98*. Madrid: Cátedra.

Sobejano, G. (1967). *Nietzsche en España*. Madrid: Gredos.

Unamuno, M. (1901). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: S.L.U. Espasa.

Unamuno, M. (2004). *La vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza.

Unamuno, M. (2006). *Niebla*. Madrid: S.L.U. Espasa.

Unamuno, M. (2009). *Paz en la guerra*. Madrid: Alianza.

## **CAPÍTULOS DE LIBROS**

Machado, A. (2008). A don Miguel de Unamuno. En A. Machado, *Campos de Castilla*. Madris: Cátedra.

Marco, J. M. (1997). La España celestial. Miguel de Unamuno (1864-1936). En J. M. Marco, *La libertad traicionada* (págs. 115-154). Barcelona: Planeta.

Unamuno, M. (2007). ¡Adentro! En M. Unamuno, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Castro.

Unamuno, M. (2007). La enseñanza del latín en España. En M. Unamuno, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Castro.

Unamuno, M. (2007). En torno al casticismo. En M. Unamuno, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Castro.

Unamuno, M. (2007). La reforma del castellano. En M. Unamuno, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Castro.

Unamuno, M. (2007). Sobre la lengua española. En M. Unamuno, *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Castro.

## **ARTÍCULOS EN REVISTAS**

Ortega y Gasset, J. (1960). Meditación de Europa. *Revista de Occidente*.

Unamuno, M. (1899). Los cerebrales. *La Ilustración Española y Americana*.

## **DOCUMENTOS JURÍDICOS**

Constitución Española. (BOE núm. 311, 29 de diciembre de 1978).

Pleno del Tribunal Constitucional. Sentencia 42/2014, de 25 de marzo de 2014 (BOE núm. 87, de 19 de abril de 2014).

## **RECURSOS WEB**

Quinziano, F. (25 de octubre de 1996). *Niebla: Miguel de Unamuno y el sueño de la «nivola»*. Recuperado el 17 de junio de 2015, de Centro Virtual Cervantes: [http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/09/09\\_133.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/09/09_133.pdf)

## **OTRA DOCUMENTACIÓN**

Entrevista con Jesús Sánchez Romero realizada por Silvia de Pedro (26 de febrero de 2015).